

—El cura es todo un hombre.

—Yo le he dicho que no podía seguirle, que en las filas contrarias estaba mi lugar, y me ha permitido salir de Dolores á unirme con los españoles mis compañeros.

—No comprendo aún.

—El señor Hidalgo me ha dicho: buscad al señor de Sariñana, decidle de mi parte que guarde á vuestro hijo, hasta que podáis reuniros con él.

—Eso ha dicho el señor cura?

—Palabra de honor.

—No hay mas que hablar, este niño queda en mi casa bajo mi salvaguardia, y no habrá poder humano que baste á arrancarle de mi lado sin vuestra orden.

El niño comenzó á llorar.

—Vamos, hijo mio, te quedas ahí con el señor de Sariñana, es tu padre por ahora, yo voy á México y vuelvo por tí.

El niño por uno de aquellos arranques inexplicables se acercó al inválido, que lo tomó en sus brazos y comenzó á acariciarle.

—Y que guapo es! ¡qué ojos! . . . caballero, yo tenia una hija con unos ojos y una frente muy parecidos á los de este niño.

—Pobre hijo mio!

—Será tal vez huérfano?

Don Félix hizo una seña al inválido y este guardó silencio.

—Vamos, que el niño es un hallazgo! me quedo con él, ahí tengo muchas cosas que van á divertirle mucho, además se le comprarán otras mejores. Vamos, como te llamas?

—Gabriel, respondió el niño.

—Es un nombre precioso; Gabriel, no se me olvidará, mi hija queria mucho á ese arcángel. Ya veis, amigo Conejares, hace unos minutos que le conozco y ya le quiero como si le hubiese visto nacer.

—Gracias, amigo mio, dijo enternecido don Félix, me voy tranquilo, os lo encargo mucho . . . es lo único que poseo en el mundo.

—Id sin cuidado, este niño me lo encomienda el señor Hidalgo y eso me basta.

—Gracias otra vez.

—Permitid, señor don Félix, que os dé un consejo.

—Me favoreceis con ello.

—Pensad bien el paso que vais á dar, esta revolucion no es eso que llamais un tumulto, es un movimiento que va á cambiar por completo en una nueva forma el ser de este país; todo el que se oponga á su torrente perecerá, no hay remedio.

—En las cuestiones de delicadeza, dijo el capitan, yo no sé medir el peligro, mi deber está antes que todo.

—Sea como vos querais.

El capitan abrazó tiernamente á su hijo, y estrechando la mano del inválido le dijo con voz conmovida:

—Nada quiero añadir . . . sois un hombre de corazon . . . adios . . .

III.

Seguia el estruendo de la revolucion, y el repique á vuelo de las campanas y la gritería y los disparos.

—Zambomba! decia el padre Pontolongon desde su escondite, esto crece como una tempestad.

—Oís, reverendo padre? preguntaba el sacristan.

—Sí, que escucho cuanto pasa, toda esa gente está espirituada, ya me figuro los desórdenes que están cometiendo, será de oír en el confesionario . . . vamos, que ya dudo salir con bien de este lance.

—Señor . . . señor . . . me parece que ya empujan la puerta de la iglesia.

—Dios mio! aquí va á ser ello! querrán arrojarse sobre las

imágenes y me descubrirán, y ---- rezad la *Magnificat*, señor sacristan.

—La he olvidado con el susto.

Como una tempestad que se aleja en el horizonte, se iba perdiendo el eco de los gritos y del tumulto.

—Parece que se marchan.

—Dios nos haga ese milagro.

—Ya no escucho nada.

—El silencio se va recobrando.

—Salid, señor sacristan, y espiad.

—Salid vos.

—Yo estoy muy ocupado.

—Entonces aguardad.

—Os encargo que no me dejéis mucho tiempo solo.

—Vuelvo al instante.

—Id con mucho cuidado.

El sacristan salió empolvado y lleno de telarañas de debajo del presbiterio, y fué á asomarse por la cerradura de la sacristía que daba á la calle.

La plaza estaba escueta, uno que otro grupo de mujeres ó de muchachos atravesaba en pos de sus hogares, el pueblo de Dolores volvía á su calma habitual.

—No hay que temer, los revoltosos se han fugado, voy á avisar al padre Pontolongon, que ya estará desesperado en el nicho.

El sacristan volvió á la iglesia lleno de alegría.

—Ya estamos libres! ya estamos libres!

—Libres de qué?

—De esos endemoniados.

—Se marcharon?

—Así lo entiendo.

—Pues dad una vuelta por la plaza, indagad las menores circunstancias, para que así tomemos la resolución definitiva.

—Está bien.

IV.

El sacristan con la mayor precaucion del mundo se deslizó por las calles del pueblo.

—Hola! señor Crispin, que azorado anda vuesa merced!

—No hay motivo, amiga mia, dijo el sacristan á una mujer del pueblo.

—Sí que lo hay, al señor sacristan mayor se lo llevan en una mula.

—Eso nada tiene de particular, dijo el tío Crispin mordiendo los labios.

—No quisiérais hallaros en su pellejo.

—Ciertamente; pero contadme algo, amiga mia, porque yo no he sacado las narices de mi casa.

—Ni muerto que hubiérais estado.

—Os juro que no sé otra cosa, sino que el señor Hidalgo ha formado un tumulto.

—No es tumulto, tío Crispin, la gente de saber dice que es revolucion.

—Da lo mismo, contadme.

—Todo es muy sencillo, han aprehendido á todos los europeos, á algunos de ellos les han hecho ver lumbre á cintarazos, ya no queremos al mal gobierno, ni que nos entregue con los franceses como lo han hecho en España, y sobre todo, la independencia y la independencia.

—Jesus, María y José! exclamó el sacristan sin poderse contener, y como han adelantado esos labriegos en seis horas!

—Eso ha de ver vuesa merced.

—El señor Hidalgo ha pronunciado esas palabras?

—Y otras muchas que se me han olvidado, pero que son verdades como puños; ya verán si se juega con nosotras; porque

aunque somos mujeres, tenemos nuestros hombres y nuestros hijos, que no han de hablar esa lengua de perros.

—En eso estamos de acuerdo.

—Es que nadie se lo pregunta, y lo que debe hacer es tomar un cirial ó la mano del tinieblero y agregarse á las filas del señor cura Hidalgo.

—Muy bien pensado.

—Aquí en el pueblo para nada necesitamos á los hombres.

—Esta mujer es un dragon, pensó el sacristan.

—Ya vamos á hacer juntas las mujeres para que no quede un solo varon entre nosotras, menos los muy viejos y los niños.

—Yo soy de los primeros.

—Miren al maricon! pues me hace gracia la disculpa! el señor cura Hidalgo tiene sesenta años y va en primer lugar, eso se llama valor, y ya vereis si sabe sostener ó no la espada.

—Esto no se puede tolerar, todos se han vuelto revoltosos, á todos los ha tocado Satanás.

—No murmure, señor sacristan, porque estamos muy exaltados y puede, puede que----

—Contenga su furia la tía Zenona, que yo soy del partido y dentro de una hora me vereis con los compañeros.

—Venga esa mano.

—Diablo, y como aprieta, soltad que voy á arreglar el viaje.

—Ya sabe el tío Crispin, no hay mas que echar por el camino de San Miguel.

—Perded cuidado.

—Os encargo las orejas del alcahalero.

—Os las traeré luego que regrese.

—Vaya con Dios, y acuérdesese que no es lo mismo vestir santos que dar de balazos.

—Adios, adios! dijo el sacristan desprendiéndose de la mujer.

A los cinco minutos estaba el buen hombre en conversacion tendida con el espía del cura Hidalgo.

—Salvémonos de estos excomulgados, salvémonos; porque va á caer fuego del cielo.

—Así sea, señor Crispin.

—Figuraos que hasta las mujeres hablan ya de las cosas políticas y de la independecia y de la guerra.

—Si Dios no nos ayuda, cargan con nosotros todos los demonios.

—Me parece que teneis razon.

—Mirad, esperemos á que caiga la noche.

—Para qué?

—Para escaparnos, yo soy realista y me van á degollar vivo estos caribes.

—No lo dudeis, sobre que esa infernal de la tía Zenona me ha encargado unas orejas.

—No se os meta en la cabeza llevarle las mias.

El sacristan guardó silencio.

—En qué pensais, tío Crispin?

—En que estoy ya tocado de Satanás.

—Por qué?

—Ya me siento con deseos de ir con el señor cura.

—*Vade retro Satanás!*

—No os asusteis, es solo un pensamiento.

—Tomad agua bendita y dispongamos el viaje.

—Yo siempre me quedo.

—Malo, malísimo, murmuró el padre Pontolongon.

—Mirad, tío Crispin, luego que caiga la noche, ensillareis mi mula, pondreis en las árganas una buena provision, tomareis unos *medicillos* que tengo en la alacena de mi cuarto, los escondéis en los *bastos* de la silla, tomáis para vos el caballo y á las oraciones tomamos las de Villadiego.

—Muy bien pensado, dijo el sacristan, voy entretanto á traer algo de comer, supongo que tendreis necesidad.

—Y como que la tengo! no nos hemos desayunado.

—Nada mas se os ofrece?

—Id á la casa de mi hija de confesion la de la calle de ----
y decidle que me encomiende á Dios.

—Muy bien.

El tio Crispin fué á la casa del padre Pontolongon, y sin necesitar del tumulto, ni del estruendo, le dió una saqueada de moros que la dejó temblando.

Ensiló la mula, le dió á un monaguillo el caballo, y para ponerse en bien con la parte femenina de la poblacion, salió por la plaza victoreando á la independenciam y tomó con su compañero la vía del ejército de Hidalgo.

CAPITULO IV.

LA BANDA DE GENERAL.

I.

El ejército de Hidalgo se aumentaba de una manera sorprendente: los pueblos se alzaban en masa y salian á su encuentro y quedaban filiados entre los defensores de la independenciam.

Los grados se daban segun el número que presentaba cada caudillo, comenzando por el de coronel, para el que se fijó el de mil hombres.

Allende con su genio organizador, comenzó á darle forma á la multitud; ya no era aquella avalanche que parecia una tribu bárbara en emigracion, era un ejército en su primer dia, con solo el elemento del patriotismo y de la abnegacion.

Los caudillos hicieron una correría por la sierra de Guajuato, y conferenciaron sobre su plan de operaciones.

—Señor Hidalgo, decia Allende, apoderémonos de Querétaro, y cerremos la puerta del *Interior*; allí ha estado el foco revolucionario y nos aguardan con ansia nuestros amigos y partidarios.